

## RICARDO ALBERDI Y LA CATEQUESIS

ANTONIO CAÑIZARES LLOVERA

Le conocí en Salamanca, en 1966, durante mis tiempos de estudiante de Teología. Ricardo había dictado una lección magistral en la Cátedra «Pablo VI» sobre «La crisis religiosa del capitalismo». Su decir para mí era nuevo y contrastaba con los estereotipos y abstracciones de las aulas teológicas de aquel entonces: abría horizontes, ensanchaba expectativas, confesaba a un Dios «que nos ha querido sus hijos y que por eso ha otorgado un valor religioso al hombre» \*, a un Dios que no se puede comprar y que es pura gratuidad.

Confieso que me sentí muy en sintonía con su pensamiento y con su persona. Lo que no sospechaba es que cinco años más tarde me uniría a él una amistad muy profunda, a pesar de la notable diferencia de edad.

Dos años después de aquel primer encuentro fue profesor mío en el Instituto Superior de Pastoral de Madrid; aquí comencé a ser en verdad discípulo suyo. Y digo «comencé», porque hasta hoy sigo aprendiendo de él. Para mí ha sido y es un maestro: maestro en la cátedra y en los escritos; maestros en encuentros, sesiones de trabajo y conversaciones prolongadas; y, sobre todo, maestro con su vida de cristiano de una pieza, con sus actitudes, su trato, su pensar y su sufrir; y, además, maestro con autoridad y autenticidad.

Cantidad de gestos suyos, de palabras tuyas, de recuerdos, de largos diálogos, en los que me enseñó mucho, se agolpan ante mí al escribir esta memoria. No voy a hablar de ellos, aunque me tienta hacerlo. Sólo quiero traer al presente algunas lecciones que aprendí junto a él para la renovación de la catequesis, que es un campo en el que me muevo. Parecerá extraño que me fije en esta faceta de Ricardo, cuando lo suyo fue, principalmente, la formación de militantes cristianos, y los cursos, charlas y publicaciones.

(\*) Los párrafos entrecomillados, mientras no se diga lo contrario, corresponden a R. Alberdi. En este artículo son muchos y largos los párrafos de Ricardo. He preferido hacerlo así como homenaje a Ricardo y para no desvirtuar con mis palabras su pensamiento.

Por eso, su vinculación a la catequesis no puede pasar desapercibida, ni su aportación al movimiento catequético español puede ser olvidada, ni mucho menos desestimada. Fue todo un catequista, un educador en la fe, porque fue todo un cristiano en el siglo xx; fue un catequista de la nueva Iglesia, que Jesucristo quiere hoy, para los militantes y para sus oyentes y alumnos de sus conferencias y de sus clases; fue un formador de agentes de pastoral catequética con sus cursos en el Instituto S. de Ciencias Religiosas —cursos, digámoslo entre paréntesis, que algunos, ignoro por qué, no acabaron de ver su lugar en un plan de estudios de Catequética—.

Catequista y catequeta, Ricardo no se anduvo por las cuestiones de método —aunque fue un pedagogo como pocos— o por las jergas técnicas y complicadas con las que, a veces, nos enredamos los del oficio. Fue mucho más sencillo y más nuclear. Se centró en lo neurálgico de la catequesis cristiana de ahora y de todos los tiempos; buscó y se apoyó en cimientos sólidos —y los cimientos no están hechos nunca de filigrana y figuras retorcidas: son simples, pero firmes y sustantes—.

Y firmes y sustantes son, a mi entender, los cinco fundamentos siguientes de Ricardo Alberdi:

- a) Búsqueda y realización de la imagen del cristiano de hoy, de la identidad cristiana, hoy;
- b) Superación de todo dualismo y maniqueísmo;
- c) Diálogo y asunción de la cultura y del mundo moderno;
- d) Construcción de una Iglesia nueva en una nueva sociedad; y
- e) Compromiso y testimonio de fe hoy.

¿Quién dudará que al margen de estos basamentos no se puede realizar una verdadera educación en la fe? Y para él la fe era «la adhesión libre y total a Jesucristo, reconocido como único Salvador que nos lleva a una participación misteriosa en la misma vida de un Dios que es Amor; a la creación de una comunidad fraternal universal, en que cada hombre realice plenamente su vocación de hijo de Dios, de hombre».

a) *Búsqueda y realización de la imagen del cristiano de hoy.*

En Ricardo había una preocupación básica, a la que dedicaba sus mejores afanes: la búsqueda y realización de la imagen del cristiano de hoy. «Estimo, decía, que una de las tareas más urgentes es el logro de algunos acuerdos fundamentales entre los cristianos; algo que nos permita recobrar una identidad que parece difuminarse en la fluidez y la confusión, sin perjuicio de la necesaria libertad y de la autonomía legítima que nos dividirá».

La identidad cristiana en nuestro tiempo vino a ser una verdadera pasión para este hombre, que fue uno de los padres de las célebres y nunca bien ponderadas «Afirmaciones para un tiempo de búsqueda». El servicio a la

identidad cristiana hoy es una orientación vertebral y una urgencia prioritaria de la catequesis de nuestro tiempo, como han atestiguado documentos recientes. No faltan voces, es verdad, en que, tras la preocupación por la identidad cristiana, se atisba una cierta sensación de miedo, una búsqueda de seguridades, una postura defensiva, un interés por una ortodoxia estática, una tendencia reductora, que puede provocar un proceso involutivo. En Ricardo Alberdi era todo lo contrario. Su pensamiento nos ayuda a superar esa tentación, cuando nos dice que «la imagen del cristiano de hoy es la imagen de un hombre comprometido con el mundo, con la tierra, con el futuro y la creatividad, con la política y la liberación humana. Pero un hombre que quiere ser comprometido como cristiano primero y fundamentalmente —y ésto es lo que permanentemente el cristiano tiene que guardar— se ha tenido que comprometer con Jesucristo en el que cree y cree como único salvador integral, en el que espera en virud de la promesa y de cuya vida participa y debe participar por medio del amor extendido por las relaciones interpersonales a toda dinámica estructural».

Esta imagen del cristiano entraña una importante evolución para el progreso de fecundidad de la Iglesia; progreso en la capacidad de la fe como actitud vertebral, no sólo en la comprensión de Dios, sino en la transformación de la tierra vieja en nueva; esta fecundidad de la fe va en una triple dimensión —siempre simultánea—: profundización en la experiencia de Dios como Dios, en la fraternidad y en la realización de la nueva tierra.

La catequesis no debe buscar otra cosa que capacitar a los cristianos para que lo sean en nuestro tiempo. Pero «un cristiano es aquel que, por lo que llamamos acto de fe, reconoce a Jesucristo como Hijo de Dios y único Salvador definitivo de la humanidad y se adhiere totalmente a El; que participa desde ahora, por su unión a Jesucristo, de la vida misteriosa de un Dios que es Amor gracias a la vivencia de lo que llamamos caridad; que espera, colaborando activamente, en la fidelidad de Dios a su promesa y en la consumación de esa salvación que ya ha comenzado. Nuestra pobre manera de hablar debe establecer distinciones en aquello que se unifica en un acto fundamental de entrega, de adhesión total a Jesucristo. Fe, esperanza y caridad se unifican en este acto fundamental que procede de la libertad humana solicitada por el don gratuito de la fe. Es esa participación en la vida trascendente de Dios la que constituye la radical profundidad de nuestro ser el fundamento sólido y serio de nuestro compromiso y su último sentido, sin el cual, a pesar del indudable sentido que se le puede dar a la lucha por la liberación humana, ésta queda sometida a los embates de las modernas teorías sobre la precariedad de la existencia humana y su subordinación al juego estructural».

Esta fe, este sentido cristiano de la vida, le hace descubrir a Ricardo el valor absoluto del hombre, su dignidad inviolable, por la que tanto luchó

éi en su vida. «No puede haber fundamento más sólido para la dignidad humana que la participación en la misma vida del absoluto, el ser imagen de Dios, realizada filialmente por su incorporación a Jesucristo».

Y es éste reconocimiento del valor absoluto del hombre lo que posibilita crear una auténtica comunidad humana, fraternal y universal. «El valor absoluto que a cada persona otorga su participación no desemboca en el replegamiento egoísta; exige, por su misma naturaleza, la formación de una comunidad universal en la que todos los hombres sean objetivamente hermanos y adquieran progresivamente conciencia de su fraternidad radical». El buscar y trabajar por crear esa fraternidad fue otra de las pasiones de nuestro entrañable amigo. Pasión, no sólo como vivo deseo, sino como sufrimiento que le acarreó en su vida.

La fraternidad que él encarnaba y por la que luchaba es obvio que se basase en el amor; pero no en cualquier amor, sino en el amor cristiano, realista y global como el de Jesús. «El amor cristiano no es un simple imperativo ético; no es profundamente el solo cumplimiento del Mandamiento Nuevo. Este tiene su raíz profunda en el mismo ser del hombre cristiano, en esa vida de Dios que es Amor». «El amor de Jesús a los hombres no le convierten, como se ha dicho, en el "hombre para los demás", sino porque primero era para el Padre».

Es ese Dios que es Amor, que es Padre, el fundamento sólido que configura el ser cristiano en nuestro tiempo y solicita la acción del cristiano en el mundo: «el valor absoluto de cada hombre, por participar de la vida del Absoluto; la comunidad fraternal universal en la que solamente alcanza su plenitud la persona humana. Vida fraternal, plenitud de realización personal que no constituye una superestructura respecto a la vida real, sino que la transforman desde la raíz; porque el amor cristiano es universal, abarca a todos los hombres; y es global, porque totaliza la existencia humana, en lo corporal y espiritual, en la interioridad y en las relaciones sociales. El amor cristiano descalifica todos los reduccionismos: el trascendentalismo falsamente cristiano, como la identificación con una ideología o una realización política; la reducción de lo social a lo puramente interpersonal o el privilegio concedido a la transformación estructural sobre la conversión interior. El amor cristiano todo lo sintetiza porque es la traducción humana de la vida inabarcable de Dios».

La fe, tal y como la vivía y comprendía Alberdi, compromete al hombre entero y a todos los niveles y ámbitos de su realidad; no se queda en lo personal y privado, sino que asume, entraña, una dimensión pública, cultural, social, etc. De ahí, entre otros aspectos, su crítica honda al capitalismo que «convierte la fe en asunto puramente privado, en lugar de informar toda la vida de los cristianos»; «que condena toda gratuidad, que busca solamente la utilidad, que da pie y favorece el crecimiento del ateísmo».

b) *Superación de todo dualismo y maniqueísmo.*

Este ser cristiano entraña una doble fidelidad, inseparable, indisolublemente unida e irreducible a uno de sus aspectos exclusivamente. Me refiero a la doble y única fidelidad a Dios y al hombre, que caracterizó enteramente la vida de Ricardo, de la que es fiel testigo su pensamiento. Pocas cosas le molestaban y desasosegaban tanto como los dualismos, en el fondo maniqueos, y como los reduccionismos de cualquier tipo, reflejo frecuente de la absolutización de lo relativo. Era «enemigo decidido del dualismo, por anti-cristiano».

«Partimos, decía en una ocasión, del rechazo firme del dualismo, (lo) que implica una conversión profunda en el modo cristiano de vivir de una gran parte de nuestro pueblo. He aquí una tarea para la evangelización y la educación de la fe que no siempre se tiene en cuenta». Y tan no se tiene en cuenta, que es necesario recordarlo permanentemente en el terreno catequético, como lo hace el Sínodo de 1977, entre otras muchas voces: «La catequesis es Palabra viva, fiel a Dios y, a la vez, al hombre» (Mensaje al Pueblo de Dios).

Son muchos los dualismos y reduccionismos que Alberdi señala y que generan reacciones pendulares en nuestro pueblo, con triste y larga tradición en este sentido.

*Dualismo entre el cielo y la tierra*, que en nuestra sociedad ha podido motivar un tránsito del cielo a la tierra. «Cuando el hombre descubre la tierra y descubre su amor por la tierra y se entusiasma por la tierra y se preocupa por la tierra, ha descubierto un valor verdaderamente cristiano, porque el mismo Dios creador es el Redentor. Nosotros no podemos deshacer la unidad de la creación y de la redención y ciertamente la habíamos deshecho. Ciertamente el descubrimiento de ese plan nuevo, de esa unidad de la creación y de la redención, es un valor eminentemente cristiano, y la preocupación por la tierra que Dios ha concedido como vocación al hombre es una auténtica preocupación cristiana. Más aún: habría que decir que no cabe vida cristiana, si no es la vida del hombre en la tierra. La vida cristiana no está fuera de la tierra, no está fuera de la historia, sino que se tiene que desenvolver y desarrollar dentro de la historia arreglando este mundo, transformando la naturaleza, creando una nueva conciencia social. Y este es el valor positivo que tendríamos que conservar. Pero junto a ello, hay que decir con toda lealtad, por lo menos yo lo entiendo así, que esta bajada repentina del cielo a la tierra encierra para mí una tentación que yo llamo tentación de inmanencia, y al final se confunde el descubrimiento de los valores auténticos de la creación con una exclusividad que nos encierra prácticamente dentro de este mundo. Y no estoy hablando en este momento de aquellos que caen en la indiferencia, en el escepticismo, en el puro disfrute de la sociedad de consumo. Más bien estoy hablando de aquellos que,

habiendo descubierto los auténticos valores humanos, no saben colocarlos en su debido lugar, no saben establecer la dependencia, la relación debida a esos valores auténticos, queridos por Dios, pero dependientes de Dios, vinculados con Dios. No se trata de olvidar el cielo porque hemos descubierto la tierra, sino de defender la tierra y el cielo al mismo tiempo, en equilibrio difícil caminando por una cresta con dos vertientes muy empinadas. Nos podemos despeñar en cualquier momento, pero sólo a costa de conservar este equilibrio, recogemos lo válido de esta aportación y al mismo tiempo me parece que desdeñaremos la tentación de inmanencia que nos puede acechar».

El, Ricardo, que tan arraigado estuvo en Dios y, por eso, tan inserto en nuestro mundo, que fue un cristiano tan comprometido con el mundo y que tanto trato y experiencia tuvo con los militantes cristianos comprometidos, palpó como pocos las tentaciones y desgarramientos entre cielo y tierra. «Como tantas otras cuestiones, señalaba, dos soluciones aparecen en el horizonte intelectual y en la experiencia. Las dos consisten en la supresión de uno de los términos del problema. Si, intencionalmente, se suprime la tierra, porque se deja de preocupar de ella, se procura vivir del cielo y saborear dulcemente un mundo reconciliado, al tiempo que se ignoran las contradicciones reales. Caemos en la alienación religiosa. Otros han optado, quizá cada vez en mayor número, por suprimir «el cielo» y vivir plenamente de la tierra. Ser cristiano no consiste en ser honrado y justo; en trabajar encarnizadamente con generosidad por la instauración de un mundo plenamente humano. Su vida aparece unificada; solamente que, a mi entender, han olvidado lo específico de la vida cristiana».

El *dualismo entre vida humana y cristiana* constituye un verdadero contrasentido. La vida cristiana no puede considerarse como algo que de manera tangencial toque a la vida humana, sino que ha de asumir la vida entera de los hombres transformándola desde dentro y conduciéndola a la plenitud que Dios nos ha querido conceder. «A Dios nadie lo ha visto. Lo único que permite nuestro balbucir sobre la vida Dios es su manifestación en el hombre Jesús, el único hombre fiel a Dios, justamente porque no era sólo hombre. Nuestras interpretaciones de la vida de Dios deben ajustarse estrictamente a lo que sabemos de la persona y del mensaje de Jesucristo. Una y otra son inconciliables con una interpretación dualista o reduccionista».

La catequesis nunca insistirá suficientemente en la presentación fiel de Jesucristo y en la posibilitación del reconocimiento de El como Hijo de Dios, único salvador integral y definitivo de la Humanidad y en la adhesión total a su persona. Sin embargo, nos encontramos que, «como alguien ha dicho con acierto, se divide en dos el nombre de Jesucristo. Para unos no cuenta más que el hombre Jesús, convertido en un modelo de humanidad entre otros igualmente aceptables, pero despojado de su condición de Sal-

valor; la fe queda reducida a una ética, por sublime que ésta sea, en espera de su abandono por otra que se muestre más eficaz. A otros les sobra el personaje Jesús. Convertido en Cristo, el Señor, desaparece de nuestro horizonte o se convierte en símbolo de lo que la humanidad debe hacer. Cristo queda absorbido en la humanidad, el amor a Dios se reduce al amor a los hombres, la Eucaristía no es más que símbolo de nuestra comunidad...».

El dualismo, que es una tentación permanente en la historia de la humanidad constituye un riesgo grave para la dinámica de la fe y para una fe dinámica en las circunstancias actuales. A este respecto, Ricardo Alberdi denunciaba: «el retorno a una concepción dualista que termina en la evasión de los problemas de la vida real. Tendencia a la "culturalización", a un sacramentalismo sin repercusión, a pesar de nuevas formas, a convertir algunas celebraciones en centro de la vida cristiana. Nueva tendencia a la privatización de la fe, puesta de manifiesto en algunos movimientos "espiritualistas" y en el conformismo de gran parte de la Iglesia ante situaciones establecidas. Se manifiesta en el entendimiento de las relaciones de poder a poder. La culturalización y el progresivo alejamiento del compromiso no privará a la Iglesia de clientela. Desgraciadamente son demasiados los hombres que desean evadirse de todo compromiso; unos para salvar sus intereses de instalados; otros porque les resulta más cómodo estar a la espera que trabajar con esperanza. Pero no es esa la clientela que la Iglesia debería tener, si es fiel al Evangelio».

Y no es esa la clientela porque, por una parte, «la privatización del mensaje de Jesús y de la vida cristiana posibilitada por el misterio pascual vivido por Jesucristo es una verdadera mutilación y, por consiguiente, un falseamiento. Lo «único necesario» no se puede oponer cristianamente al amor entre los hombres y al compromiso de una comunidad fraternal y universal». «La privatización o interiorización del mensaje de salvación niegan, al mismo tiempo, el carácter público de la predicación de Jesús y su fundamento más íntimo: la naturaleza comunitaria del hombre como imagen de Dios y participante en su propia vida. La antropología, la teología y el Evangelio, como dice Pablo VI en la *Evangelii Nuntiandi*, se oponen a la simple interiorización que degenera en intimismo; reclaman la adecuación de todas las dimensiones humanas a la misteriosa revelación del ser íntimo del hombre. El amor a Jesús es un amor global, bien poco parecido a nuestras parcialidades y limitaciones. Es un amor que se dirige al hombre entero, al creado por Dios, no idealizado por las teorías que desearían justificar la dominación y la explotación con el fácil recurso de reducirlo al "alma"; con la coartada de privilegiar lo espiritual y lo sobrenatural». La separación entre la fe y la vida diaria debe ser considerada como uno de los más graves errores de nuestra época (cf. GS, 43).

Esta separación se da, asimismo, entre aquellos que, habiendo reaccionado positivamente frente al intimismo, privatización o culturalización desen-

ganchada y sobrenaturalista, caen en otro reduccionismo que denunciaba con igual vigor nuestro amigo Alberdi: «La reacción no se ha detenido simple en su punto de equilibrio sino que ha continuado hasta el desprecio de la vida interior, fijando unilateralmente la vida cristiana en la acción tendente a la modificación estructural de nuestro mundo. Frente a la perversión de la vida cristiana realizada por el intimismo, se ve a los cristianos incidir en el otro vaciamiento del hombre de su vida personal interior, para reducirlo al conjunto de sus relaciones sociales y a su quehacer en el mundo. En lugar de ser haciendo, se advierte en los comprometidos la tentación de hacer por hacer. Desde un punto de vista cristiano, esta reacción se manifiesta en un cierto desprecio, al menos negligencia, por todo lo que se refiere a la conversión personal a Jesucristo. Si se quiere de otra forma, se estima que la conversión es auténtica y eficaz en cuanto se da una acción desbordante y eficaz para la transformación del mundo en busca de una mayor justicia».

Como señalaba en cierta ocasión, no sin humor, «los cristianos han pasado de los sacramentos a la política. Pero justamente se trata de unificar sacramentos y política. No abandonar los sacramentos por la política, ni abandonar la política por los sacramentos, sino saber que los sacramentos nos conducen a la política y que la política necesita de los sacramentos. He aquí la síntesis que habríamos de lograr».

Ahora bien, esa síntesis reclama, al mismo tiempo, superar otros dualismos: conversión personal o estructural, persona o comunidad, futuro o pasado, acción-don de Dios o esfuerzo-acción transformadora del hombre, amor a Dios o amor al hombre...

No cabe duda que a partir de estos criterios, vividos y expresados por R. Alberdi, se exige una catequesis que es fiel a Dios y al hombre; y, como señalaba hace unos años la Comisión Episcopal de E. y Catequesis, «la fidelidad a Dios y al hombre debe llevar a una nueva etapa de superación de dicotomías en una síntesis creadora, capaz de abrir caminos a la catequesis hacia el futuro, en un movimiento de convergencia y comunión».

### c) *Diálogo y asunción de la cultura del mundo moderno.*

Esta fidelidad a Dios y al hombre, exigencia del ser cristiano, conlleva la realización de la fe en el corazón de la cultura. «La ruptura entre el Evangelio y cultura es, sin duda alguna, el drama de nuestro tiempo, como lo fue también en otras épocas. De ahí que hay que hacer todos los esfuerzos con vistas a una generosa evangelización de la cultura, o más exactamente de las culturas» (Pablo VI, en EN, 20).

En este punto la figura de Ricardo es un magisterio vivo admirable. No teorizó sobre este particular, sino que lo llevó a cabo de una manera



generosa a lo largo de sus días. Él vivió un Evangelio actual, encarnado en nuestra situación cultural, y nos habló del valor actual del Evangelio en esta misma situación. Un Evangelio en diálogo crítico y abierto con las ideologías principales que configuran el hodierno universo cultural de Occidente, singularmente el marxismo y el capitalismo liberal.

Buscó y abrió caminos de encuentro entre el hombre actual, la cultura de nuestro tiempo y el Evangelio. Las preguntas que nuestro tiempo se plantea por su liberación, futuro o esperanza, por su secularización, por su solidaridad efectiva, por su humanización —exponentes de nuestra cultura y preguntas también de nuestra fe— encontraron en él una respuesta efectiva y específica desde el Evangelio, vivido y proclamado hoy.

¿Qué fue si no, por ejemplo, su estudio sincero, denso y prolongado del marxismo, sobre el que tantas páginas de enseñanza inolvidable nos ha dejado, y sobre el que tantas veces habló con libertad de espíritu y pasión por la verdad? No me corresponde analizar concretamente este aspecto; sí que quiero resaltar, sin embargo, algunas actitudes características, altamente iluminadoras, de su diálogo con el marxismo.

En primer lugar, su pasión por la verdad. Pasión que le condujo a discernir y aceptar todo lo que de verdad, de bueno, de positivo, de bien fundado científica y razonablemente, se encuentra ahí; al mismo tiempo que a asumir un distanciamiento y una postura crítica y denunciante de sus abusos, de sus incoherencias, de sus factores de deshumanización y de sus errores o falsedades, teóricas o prácticas.

Esta misma pasión permanente le llevó a «no aceptar las componendas fáciles, las complicidades del quedar bien o de dar gusto a los que lo oían» (J. M.<sup>a</sup> Setién). Y todos sabemos que ésto le acarreó sinsabores y críticas de unos y de otros. Unos lo consideraban marxista y, por tanto, peligroso; otros veían en él a un antimarxista, estudioso del marxismo para rechazarlo. Y todo, porque no lo aceptaba o rechaza en bloque, sin más. Pero Ricardo era enemigo declarado de aceptaciones o descalificaciones globales de lo que es relativo —como un determinado pensamiento— porque éstas entrañan absolutismos, tiranías, opresión y falseamiento de la verdad. Sólo una aceptación global había en él: el Evangelio, Jesucristo, «único salvador integral», como él gustaba decir.

Su acercamiento al marxismo o marxismos fue desde el Evangelio, al que sirvió fiel y lealmente por encima de todo, y desde la verdad objetiva del mismo marxismo. Prefirió muchas veces quedar sólo antes que traicionar la verdad que él creía y veía objetivamente, tras serio análisis desapasionado. Su aproximación fue «tomando siempre como punto de partida la persona y teniendo siempre presentes las relaciones de las personas entre sí y con Dios» (Pablo VI, en EN, 20). Para él lo que contaba era la persona, los otros y Dios Padre de nuestro Señor Jesucristo; nada más, pero nada menos; y desde

ahí se insertó y dialogó con la cultura pluralista de nuestro tiempo, particularmente con los marxismos y sus realizaciones históricas.

Convergencia y especificidad, presencia y discernimiento, fueron criterios básicos o condiciones constantes en sus relaciones con nuestra cultura, en concreto con los marxismos. Su vida de creyente y el mensaje cristiano que lo animaba se enraizaron en este universo cultural asumiéndolo y transformándolo o intentando transformarlo. Encarnó la fe, el Evangelio, en nuestro tiempo, pero sin vaciarlo de contenido. Fue muy consciente de que la encarnación de la fe por medio de la vida, de la enseñanza, de la reflexión, etc., supone no sólo el proceso de dar, sino también de recibir.

Para dar y recibir a una cultura y de una cultura, para llevar la fuerza del Evangelio al corazón de cultura es necesario conocer hondamente el Evangelio de Jesucristo, la doctrina de la Iglesia, así como conocer la cultura y sus elementos esenciales, aprender sus expresiones más significativas, respetar sus valores y riquezas propias (cf. Juan Pablo II, en CT, 52). De ésto era muy consciente Ricardo. Los que le conocimos muy de cerca, sabemos de sus largas horas de estudio, trabajo y reflexión para ir al fondo del Evangelio, del mensaje de la Iglesia, de la cultura y de las ideologías de nuestro tiempo, impregnada por los marxismos.

¡Cómo le molestaban los tópicos y la falta de estudio y reflexión seria! Y es que donde falta el estudio y el conocimiento serio de las cosas, el concordismo o la condenación son consecuencias inmediatas y calderilla con la que nada de valor se puede lograr. Todos sabemos de su dedicación a la formación sólida de militantes y cómo insistía, a tiempo y destiempo, en la necesidad de una formación y conocimiento serio de la realidad, de la cultura, de las ideologías, y del Evangelio; formación, por otra parte, acompañada siempre de la acción que imposibilita cualquier ideologización.

No propugnó jamás ningún tipo de secuestro de la actividad cultural por las instancias religiosas, ni propició cualquier forma de acercamiento entre fe y cultura que trastocase el lugar, la función y los contenidos de una de las dos. Rechazó la actitud numantina del mantenimiento a ultranza (más o menos rígido, más o menos inteligente) de las situaciones pasadas. No admitió la actitud progresista que mitifica lo nuevo, idealiza el cambio y piensa que la transformación cultural e institucional de la sociedad suprimirá las dificultades que hoy encuentra la conciencia religiosa y traerá consigo una nueva socialización de la fe, purificada y libre, generosa. No aceptó tampoco la tendencia hacia una Iglesia puramente religiosa, cultural, carismática o profética alejada de la política, de la cultura, de las contiendas de los hombres.

Su postura fue siempre la que llama F. Sebastián «diferenciación dialéctica». Y esta postura, tan encarnada en su vida y tan reflejada en su amplia producción bibliográfica, es la que él quería para la Iglesia que amaba. De

buen grado haría suyas estas palabras de un buen amigo suyo: «Para librarse de la tentación de sectarización, la Iglesia y las comunidades cristianas, inmersas en un mundo culturalmente rico, profundamente dinámico y cambiante, conscientes de la novedad permanente de su propia tradición e identidad cristiana, tienen que intentar vivir dentro de su propia cultura, dejarse interrogar por los hombres, las costumbres, las ideas de su tiempo, buscar la forma de hacer comprensibles en el nuevo lenguaje las convicciones fundamentales de su tradición y de su identidad cristiana, intentar la eficacia renovada de la caridad cristiana, que es la misma caridad de Dios y de Cristo operante en el mundo, en las situaciones concretas de la sociedad real en la que viven los creyentes» (F. Sebastián).

Una catequesis no puede prescindir de estos criterios dichos y vividos por nuestro maestro. Una catequesis ha de ser evangelizadora; y lo que importa es «evangelizar —no de una manera decorativa, como un barniz superficial, sino de una manera vital, en profundidad y hasta sus mismas raíces— la cultura y las culturas del hombre» (Pablo VI, en EN, 20).

d) *Construcción de una Iglesia nueva en una nueva sociedad.*

Así se podrá construir una nueva Iglesia en una nueva sociedad, que era otra de las preocupaciones más vivas de R. Alberdi. Nunca se sintió fuera de la Iglesia, a pesar de las críticas que hacían, con toda libertad de espíritu, a sus hombres; al contrario, la amaba desde dentro, y como era; y, por eso, la quería distinta. No encontramos en sus escritos una reflexión sistemática sobre su visión de Iglesia, aunque siempre está en el transfondo de ellos y es frecuentemente aludida de forma indirecta o expresa.

El tenía una visión de Iglesia profundamente conciliar: una Iglesia en el mundo y para el mundo; no replegada ni narcisista, testigo de Jesucristo en el hoy de los hombres; pobre; comunidad fraternal; reconciliada y reconciliadora, que asume y encarna la preferencia evangélica por los más pobres; enviada al mundo y para los hombres; que tiene una misión «que se concreta en la evangelización y santificación de todos los hombres y en la recta ordenación del orden temporal hacia Dios por Jesucristo», y cuya contribución más sería posible a la sociedad es «la creación del hombre verdaderamente cristiano; del hombre que se deja guiar en su vida práctica por los valores contenidos en el Evangelio, cuyas actitudes profundas se inspiran en el Sermón de la Montaña», realizadas en la situación concreta de nuestro país.

La Iglesia ha de mantener, decía, «una fidelidad insobornable que debe a Jesucristo. Criterio supremo para el cumplimiento de su misión, la fidelidad a Jesucristo debe conciliarse con la fidelidad a las aspiraciones de los hombres que Jesucristo vino a salvar. Inserta en una sociedad determinada, la Iglesia debe ser fiel a los hombres que la integran precisamente en virtud de su fidelidad a Jesucristo. Pero la fidelidad a los hombres no consiste en

la canonización de todas sus aspiraciones; no significa simplemente acompañar simplemente la evolución social o aprobar las revoluciones que subvierten un orden que se estima superado. Convertida en instancia crítica de lo realizado y de los proyectos humanos para el futuro, la fidelidad a Jesucristo le obligará a ser fiel a los hombres a la manera de su mismo Fundador: convirtiéndose muchas veces en piedra de escándalo y contradicción para todos».

A través de sus escritos, de su persona con sus actitudes, y a través de largo trato y muchas conversaciones, percibí en él una visión de Iglesia viva, dinámica y atrayente por la que dio su vida y por la que sufrió notablemente. Esta visión, para mí apasionante, como apasionante es la Iglesia, la vemos reflejada en *Afirmaciones para un tiempo de búsqueda*, que él mismo suscribió. Transcribimos algunos de sus párrafos:

«La Iglesia es la comunidad histórica de quienes creen en Jesús, aceptándolo como Salvador de su vida en una permanente actitud de conversión y de amor celebrada comunitariamente en los sacramentos. En la sociedad actual la Iglesia no abarca a todos los hombres, ni puede pretender retenerlos bajo su autoridad por medios coactivos. La Iglesia no es originalmente una cuestión de autoridad, sino de libertad. No podrá encontrar su propia identidad mientras no renuncie a situaciones sociológicamente desmesuradas y no se restrinja cuantitativa y cualitativamente a su propia realidad. Sólo los bautizados que quieran vivir en actitud de conversión son enteramente miembros de la Iglesia; y sólo los aspectos religiosos de la vida personal y social del hombre son el objeto propio y directo de su misión en el mundo.

«Por medio de todos y cada uno de sus miembros, la Iglesia continúa en el mundo la misión de Jesús. El anunció el Reino de Dios a los hombres, la posibilidad de vivir reconciliados con él por la fe y la conversión como raíz de una verdadera realización y salvación. A partir de esta conversión los creyentes establecen entre sí una comunidad a la que son esenciales la fraternidad y la comunicación de bienes entre sí y con todos los hombres.

«Es indispensable devolver hoy, dentro de la sociedad moderna, a esta comunidad de creyentes todo su realismo y toda su verdad. A partir de esta veracidad de su pertenencia a la Iglesia de Dios, por la vida y no sólo por las creencias, podrá el cristiano anunciar el Reino de Dios a los demás hombres y comprometerse con desinterés y con esperanza por una sociedad más justa y más fraterna.

«El anuncio del mensaje de salvación y su constitución como sacramento de unidad y reconciliación impiden que la Iglesia se cierre en sí misma; su misión es el mundo del que ella misma, a pesar de su originalidad, forma parte. Debe sumarse al esfuerzo por la justicia, por la paz, por la cultura, pero consciente de que en ello es una fuerza más entre muchas otras, y consciente también de que, si a la vez no fomenta y manifiesta sus propios contenidos religiosos de una u otra manera, abandona y pierde su propia iden-

tividad, y por tanto su razón de ser como grupo diferenciado dentro de la sociedad humana.

«Hay que afirmar que la Iglesia debe ser una comunidad real en la que se viva personal y socialmente el Evangelio más allá de las exigencias de las leyes civiles y de los usos de la sociedad circundante, de tal manera que aparezca ante los hombres el ejemplo vivo de una vida humana reconciliada, libre y liberadora, que sea a la vez crítica y estímulo para la sociedad entera. Aunque la Iglesia, por su origen y por la naturaleza de sus últimos objetivos, no puede identificarse con ninguna institución humana ni ningún objetivo histórico, ella tiene que testificar y trabajar en favor de un progreso real de la humanidad hacia el modelo esperado del Reino de Dios, encontrándose con todas las fuerzas positivas y nobles que mueven a la humanidad y manteniéndose a la vez distanciada y libre para criticar en ellas todo lo que no esté suficientemente abierto u orientado a esta plenitud final, que no nace de la tierra sino que tiene que ser esperada como don de Dios a los hombres de buena voluntad.

«Es preciso reconocer la validez de los esfuerzos por independizar a la Iglesia de las vinculaciones sociológicas y políticas que le impiden realizarse a sí misma auténticamente como una comunidad de creyentes, y ejercer tanto su función crítica respecto de todos los aspectos pecaminosos y deficientes de la sociedad, como su función estimulante y anticipativa en favor de una humanidad siempre más justa y más fraterna. La Iglesia debe mantenerse siempre en una dolorosa dialéctica con la sociedad entera, pero no puede dejarse envolver enteramente por ninguno de los polos dialécticos en que vive disociada la humanidad. Dejaría de hacer sus aportaciones específicas al conjunto de la sociedad y de la historia.

«Deseamos una Iglesia que sea de verdad la comunidad de los creyentes convertidos al Evangelio de Jesucristo, una Iglesia de hombres que crean en Dios como origen y garantía de la plena salvación de los hombres y testifiquen ante la sociedad el valor liberador y humanizante de esta fe. Una Iglesia que no pretenda imponerse al resto de la sociedad, ni quiera fortalecerse con privilegios sociales, sino que viva civil y políticamente en la misma condición que los demás ciudadanos y grupos sociales; una Iglesia que honre el nombre de Dios ante los hombres y contribuya positivamente a acercar la vida humana al Reino de Dios esperado; sin separarse de la historia y sin confundirse con ella, sin huir del mundo y sin conformarse con él, formando parte realmente de la sociedad y no dejándose asimilar por nada ni por nadie. Una Iglesia convertida y sostenida por la esperanza de una humanidad justa y feliz que viene de Dios.

La Iglesia que descubrimos en Ricardo es una Iglesia —testigo fiel de la salvación integral y única de Jesucristo, al mismo tiempo escatológica e histórica. Ahora bien, la salvación cristiana es una salvación personal, pero

no individualista— entraña la reconciliación de todos los hombres y la construcción de una comunidad fraternal y universal. Es este aspecto de la comunidad fraternal una de las constantes más vivas en la vida y pensamiento de R. Alberdi. En última instancia todo radica ahí para la Iglesia, si tenemos en cuenta qué era ser cristiano para nuestro buen amigo. A ello ha de dedicar la Iglesia su atención y tarea; y desde ahí se comprende su postura crítica frente a aquellas realizaciones de la Iglesia y de los sistemas de sociedad, que se oponen a la formación de una verdadera comunidad fraternal universal.

Hoy en día se insiste mucho en la comunidad de base o comunidad de talla humana. Ricardo decía que no entendía mucho de ésto. Confesaba su «incompetencia» en esta materia, «al menos en el sentido estricto que «comunidad ha tomado en los últimos tiempos». No hablaba de los términos técnicos con que hoy se habla de comunidad, sin embargo reconocía con humor —y lo tenía muy fino— que «quizá había hecho comunidad sin saberlo».

Su magisterio en este punto, por otro lado, es muy iluminador y, como todo lo de él, crítico. En una conferencia señalaba así unos cuantos rasgos que, a su entender, debía reunir la vida de la comunidad de base:

— Una comunidad de base ha de servir como «factor de personalización y no de masificación o aniquilamiento de la personalidad de los miembros, diluidos en una falsa mística comunitaria o de grupo. Una comunidad no puede gozar de verdadera vida más que en el caso de que la misma vida de comunidad favorezca las aportaciones personales de los miembros de la comunidad. Lo que exige la formación de un criterio propio; el ejercicio de un auténtico espíritu crítico (no de crítica) respecto a la misma comunidad; en una palabra: la ausencia de todo dogmatismo comunitario y la creación de cristianos verdaderamente libres».

— Una comunidad ha de superar «una tentación que le acechará permanentemente: la pretensión de que todos sus miembros piensen uniformemente. El pluralismo es una constante de nuestro tiempo. Pero tampoco es posible fundar la vida de una comunidad en el vacío, sobre todo si se trata de una comunidad cristiana, destinada a alimentar cristianamente a sus miembros y a realizar la Iglesia a su nivel. Es necesario que haya un mínimo en que se coincida y ese mínimo no puede ser algo exclusivamente sentimental y emocional, dejando de lado los aspectos intelectuales como causa de división».

— «Parece indudable que, centrandó, como es natural, en la Eucaristía la vida de la comunidad, hay que disponer de medios eficaces, si no queremos que las celebraciones eucarísticas se nos conviertan en una simple ceremonia o en campo de agramante. La revisión comunitaria, que debe incluir

la personal, parece indispensable, cualquiera sea el método que se emplee. Y por medio de la revisión hay que llegar a la conversión personal de todos los momentos y en todas las manifestaciones de nuestro ser humano-cristiano. Comunidad que se limite a exigir el compromiso de sus miembros, pero que no los alimente cristianamente en el sentido de la conversión, es comunidad para poco tiempo. O se convertirá en comunidad de signo distinto al cristiano.

— Una comunidad ha de mantener una apertura contra todo sectarismo. «He aquí la característica que distinguirá a una verdadera comunidad cristiana de base: la apertura a la sociedad, a todo el mundo con sus problemas; la apertura a toda la Iglesia, con sus diferencias, con sus deficiencias, lentitudes y compromisos».

— Una comunidad cristiana ha de mantenerse en guardia contra todo escapismo. «Tentación de evasión, si la comunidad se cierra de tal manera en los asuntos eclesiales que olvida el verdadero compromiso temporal de sus miembros. No es la primera vez que ocurre. Tentación de evasión, aunque esta vez no sea por simple encerramiento en el ámbito de las cosas de la Iglesia. Consiste en comprometerse temporalmente de una manera puramente verbal, sin la aceptación de compromisos necesarios para una construcción concreta del mundo temporal».

Esta visión de Iglesia que vimos y que vemos en Ricardo es un foco de luz para la catequesis actual, que tiene como función «hacer Iglesia», posibilitar que los cristianos hagamos Iglesia de Jesucristo. A mi entender, abre un horizonte insospechado para la catequesis al servicio de la construcción de una Iglesia nueva, renovada con la novedad del Bautismo y del Evangelio, en una nueva sociedad que está gimiendo anhelante la presencia del Evangelio en ella.

#### e) *Compromiso y testimonio de fe, hoy.*

Pero una Iglesia así reclama cristianos comprometidos a cuyo servicio se encuentra una verdadera catequesis en nuestro tiempo. «La catequesis, en cuanto que es testimonio, educa asimismo al cristiano para su inserción plena en la comunidad de los discípulos de Jesucristo, asumiendo toda la verdad de la condición de gracia y de pecado de este pueblo creyente que peregrina en el mundo; y también con todo el sentido de solidaridad fraterna que el cristiano debe vivir respecto a todos los que, creyentes y no creyentes, están embarcados en la misma aventura de la familia humana. De esta forma la comunidad eclesial se convierte en auténtico sacramento universal de salvación. La doctrina moral no es sólo individual, presenta también la dimensión social del anuncio cristiano. Uno de los cometidos principales de la catequesis hoy es suscitar eficazmente formas nuevas de compro-

miso, especialmente en el campo de la justicia» (Sínodo 1977; Mensaje al Pueblo de Dios). La catequesis ha de tener cuidado de «no omitir, dice Juan Pablo II, sino de iluminar como es debido en su esfuerzo de educación en la fe, realidades como la acción del hombre por su liberación integral, la búsqueda de una sociedad más solidaria y fraterna, las luchas por la justicia y la construcción de la paz».

Es en este punto donde el magisterio de Ricardo se yergue de una manera singular. Normalmente cuando pensamos en él, pensamos en ésto, a veces, incluso, sin caer en la cuenta de los otros aspectos que sustentan éste. Cuando se habla de él, se le recuerda inmediatamente como formador de militantes cristianos comprometidos con este mundo y en su transformación conforme al plan de Dios; se le recuerda como el hombre que difunde —como pocos— a tiempo y destiempo, el mensaje social del Evangelio en nuestra España. Ya desde su obra en 1963, *Hacia un cristianismo adulto*, pasando por toda su actuación pastoral posterior y todos sus escritos ulteriores, hasta proyectos últimos en su enfermedad terrible de muerte, se mantuvo en esta dirección.

La pluralidad y riqueza de matices en esta vertiente, así como su coherencia y continuidad me sobrecoge gozosamente. Y sin embargo, no es ésta una dimensión que esté asumiendo suficientemente la catequesis actual; y de ello se quejaba: «Sin temor a ser desmentidos podríamos afirmar que la mayoría de los proyectos de educación de la fe, catecumenados, catequesis, etc., se dejan sentir dolorosamente la ausencia de la perspectiva social, de la que, sin embargo, se afirma en alguna parte que es esencial en la concepción cristiana del hombre. El reciente devenir de la humanidad, particularmente en aquellos países que han pretendido una transformación profunda de tipo estructural para acceder a la liberación, ilumina cegadoramente el campo de las posibilidades cristianas en el campo más específico».

Ricardo se rebelaba contra aquella frase de Jean Guehenno —los cristianos; esa gran cofradía de los ausentes—. Y se rebelaba por un doble motivo: porque, viendo la realidad, comprobaba lo bien fundado, en parte, de esta acusación; y porque ser cristiano, ser Iglesia entraña la superación de toda evasión del mundo y de toda huida de las inquietudes acuciantes de los hombres. El recordaba aquel texto de *Gaudium et Spes*: «la Iglesia avanza juntamente con la humanidad, experimenta la suerte terrena del mundo y su razón de ser es actuar como fermento y como alma de la sociedad que debe renovarse en Cristo y transformarse en familia de Dios» (GS, 40). «La Iglesia no es algo, decía R. Alberdi, que nada tenga que ver con el mundo aunque no se confunda con él en la etapa previa a la consumación. Por el contrario, su misión es para el mundo y todo replegamiento sobre sí misma significaría una infidelidad radical a la misión recibida».

El compromiso cristiano, la actuación en el mundo por parte de los



cristianos se justifica desde la fe; debe ser una traducción vital de las exigencias de la fe. «Precisamente la fe en el Dios Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que los cristianos creemos trascendente al mundo pero no exterior a él en sentido espacial, es la que fundamenta mejor el compromiso serio del cristiano con el mundo. Ha llegado la hora de decir claramente que los cristianos debemos comprometernos en el mundo no "a pesar de nuestra fe", sino en virtud de ella; no porque procedamos a una operación quirúrgica dolorosa para amputar nuestra fe de la trascendencia y dejarla convertida en simple ética, sino porque proclamamos firmemente su carácter trascendente, la superación de toda liberación puramente humana en un mensaje de salvación que la engloba y trasciende a la vez».

El fundamento del compromiso cristiano radica en la «utopía» cristiana y en el acontecimiento irrepetible de la Encarnación que supera, por parciales, tanto las posturas trascendentalistas como las encarnacionistas, tanto aquellos que separan religión y vida como aquellos que alimentan una espiritualidad de alejamiento evasivo del mundo, tanto los que identifican mixtificadamente creación y redención como los que las separan totalmente; tanto los que contraponen, al menos cronológicamente, santidad y reforma de estructuras; tanto las concepciones individualistas como colectivistas; tanto los que contraponen dualísticamente justicia o caridad en la reforma social.

En la base se halla la visión del ser cristiano y de la Iglesia que veíamos antes, así como la necesidad de superación de todo dualismo y maniqueísmo anteriormente tratados.

Ser cristiano comprometido es ser cristiano adulto. «El adulto parece que es el hombre que ha logrado de alguna manera una primera unificación de su personalidad; es el que se siente verdaderamente responsable, con una responsabilidad que tiene dimensiones comunitarias tanto en el plano del mundo como en el de la Iglesia; el que no se deja guiar por el instinto, ni por simples impresiones, ni por la brillantez de una tesis intelectual, sino que vive de convicciones bien establecidas que nada tienen que ver con el dogmatismo. Es el realista que ha perdido las ilusiones sin haber abandonado la ilusión».

La catequesis debe propiciar esta adultez, de lo contrario dejará de ser verdadera catequesis cristiana. Una educación en la fe que no persiga o no conduzca a esa unificación personal, a esa responsabilidad, a esas convicciones profundas y a ese realismo, habrá fallado estrepitosamente. «La predicación del mensaje de salvación se convierte en una farsa cuando ignora realidades sangrantes (de nuestra situación actual); el insípido y falsamente espiritualista contenido de tantas homilias (catequesis) debe vivificarse por la referencia a los problemas de la vida real, como pide el Concilio Vaticano II».

Entre los campos de actuación en el mundo que reclamaba R. Alberdi, no como únicos, destaca el de la economía y el de la política.

Entre otras muchas cosas respecto a la actuación en el mundo de la economía, decía: «No hay parcela de la vida económica propiamente dicha que escape a la posibilidad y necesidad de un enfoque cristiano, en cuanto que lo humano se halle implicado de alguna forma. La fidelidad a Jesús, en su vida y doctrina, implica que la Iglesia se comprometa seriamente en la defensa del hombre, cuya humanidad se halla seriamente en peligro en la vida económica». «La economía del futuro exige el rechazo de los valores económicos como valores supremos en la vida del hombre; reclama imperiosamente la superación del consumismo como meta de la vida económica. Solamente tendremos una economía verdaderamente humana cuando lo económico no sea la suprema aspiración del hombre, sino el medio indispensable para su realización. Si la Iglesia es fiel al mensaje de salvación que debe predicar, la educación en la fe debe configurar un tipo de hombre para el que el ser signifique más que el tener o consumir». «La fidelidad al Evangelio exige de la Iglesia modificaciones profundas en su predicación y en su misma estructura interna. La comunidad humana debería encontrar en la Iglesia no sólo la predicadora de la fraternidad universal, sino el sacramento de unidad y de reconciliación en la fraternidad. El Pueblo de Dios, pueblo de hermanos en la fe y en su condición humana, debe mostrar, también en los aspectos económicos, cómo se construye una economía humana y, por ello, profundamente solidaria».

Los que nos confesamos cristianos, los que creemos en la necesidad del cambio estructural y de los hombres que han de llevarlo a cabo; los que alimentamos la esperanza de una liberación económica y nos vemos urgidos por la caridad de Cristo, haríamos bien en fijar nuestra vista en la utopía cristiana sin perder el contacto directo con la dura realidad de una economía sin aliento humano.

El otro aspecto es el de la política. A este respecto señalaba: «El "apoliticismo" del mensaje cristiano ha contribuido, en muchas ocasiones de manera inconsciente, a la justificación de las peores opresiones, ha hecho baldíos muchos esfuerzos generosos impulsados por el amor, ha limitado extraordinariamente su campo de acción hasta convertir su nombre en símbolo de hipocresía e ineficacia. Alguien ha dicho que la caridad debe «hacerse política». La expresión es ambigua, pero puede responder a una auténtica exigencia puesta de manifiesto por los mejores teólogos de todas las épocas y sobriamente reconocida por los últimos Papas. Efectivamente, si la caridad no utiliza la mediación política, entendida en su sentido más amplio y en el más restringido, traiciona sus exigencias más íntimas».

El compromiso cristiano exige «trabajar en un doble frente: en el de las transformaciones estructurales y en el de la creación de un hombre nue-

vo. Doble tarea que ha de entenderse sin rupturas y sin confusiones; sin prioridades en el tiempo, sino simultáneamente, como corresponde a la misma condición humana, hecha de interioridad y de relaciones sociales mutuamente influyentes».

Todo esto lo proclamó Ricardo incansablemente. Pero no se quedó con bellas palabras. Su vida fue un vivo testimonio de ésto que él proclamaba. Como dijo su Obispo y entrañable amigo en la homilía de su funeral, José María Setién, «nos dio la lección de amar al hombre concreto con un corazón grande, sensible al sufrimiento de la persona concreta y no sólo a los desórdenes estructurales. Sufrir por cada hombre pisoteado, fuesen cuales fuesen las justificaciones que a tales acciones se quisieran buscar. Sé la fuerza con que denunciabas la «ética de una falsa eficacia» a costa del hombre. Por eso quisiste decirnos que son «bienaventurados los pacíficos», porque son ellos los que con su mansedumbre poseerán la tierra y harán la paz».

Y el testimonio de su compromiso de fe con el mundo nos lo dejó desde su identidad sacerdotal. El se esforzó, como hemos dicho varias veces, en crear verdaderos militantes cristianos comprometidos con el mundo; tomó muy en serio su tarea de mantener a esos militantes en la línea auténtica, sin el menor complejo de inferioridad por no ser su actuación directa en el campo de lo temporal. Fue fiel al papel que el Concilio asigna a los pastores en este campo, porque no descuidó ni un momento la iluminación de las conciencias acerca de los problemas que trae consigo la construcción del mundo; ni se mantuvo en el tercer grado de abstracción al explicar la doctrina, sin un juicio concreto; ni ignoró los problemas morales que plantea la vida económica, social y política de hoy; ni ignoró las condiciones de vida social que son manifiestamente contrarias a cualquier atisbo de vida cristiana... Fue sencillamente un cristiano de una pieza, un cristiano comprometido, un cristiano adulto, un pastor que da su vida.

## EPILOGO.

Llegados a este punto, a nadie se nos oculta las lecciones, o, mejor, la lección magistral y coherente que Ricardo Alberdi nos dejó para una catequesis renovada en la perspectiva del Vaticano II. El me solía decir que no entendía de catequesis, pero que, sin embargo, le preocupaba mucho, atento como estaba él a la dinámica de la fe, de la Iglesia, de los hombres, de la sociedad. Y le preocupaba en algunas de sus realizaciones, porque las veía faltas de elementos centrales que aquí hemos expuesto. Su lección es apasionante y el reto que nos plantea es de gran magnitud.

El no «entendía» de catequesis; o mejor no entendía de las complicaciones que a veces nos buscamos con la catequesis. Sin embargo, su vida

estuvo dedicada por entero a una catequesis; y no se diga que simplemente a una «catequesis social». Su vida entera fue una catequesis en sentido amplio. A tiempo y a destiempo, como recomienda San Pablo, proclamó, actualizó, la Palabra, el Evangelio, en nuestro hoy. Su persona fue un testimonio vivo, una catequesis permanente. Y fue un testimonio vivo, porque no buscó otro alimento para su vida, ya desde su ordenación sacerdotal hasta su muerte, que hacer la voluntad del Padre, como Jesús.

Lo que decía era expresión de su vida: El fue cristiano así como lo pedía a los demás; él fue un hombre de la Iglesia, así como lo enseñaba a los otros; él fue un hombre creyente, unificado y superador de dualismos, como reclamaba a los demás; él fue un hombre de diálogo con la cultura actual, como lo enseñan sus escritos; él fue un cristiano comprometido, un profeta, un testigo.

El fue un pedagogo, un maestro, sobre todo, con sus actitudes de cercanía, comprensión, diálogo, amor, respeto, servicio, responsabilidad, sencillez, humildad, claridad... Habló *ex abundantia cordis* y no de oídas; habló de sí, habló de lo que era el sentido de su vida: Jesucristo; habló desde una insobornable fidelidad al hombre y a Dios, a quienes amaba con toda pasión.